

# MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

---

EL AUTOR DEL LIBRO

DE

LA IMITACIÓN DE JESUCRISTO

---

Uno de los libros que han tenido más general lectura en el mundo ha sido el conocido vulgarmente con el título del *Kempis*. Sabios é ignorantes, magnates y plebeyos, sacerdotes y seglares, los más grandes ingenios, los críticos más eminentes, los santos de primera magnitud han rendido á este libro el homenaje de su más profunda veneración y lo han hecho objeto de perenne estudio y contemplación. En sus áureas páginas se inspiraron San Pio V, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola; el insigne jesuita cardenal de la Iglesia Romana Roberto Belarmino, el doctísimo oratoriano César Baronio y el ilustre

*Segunda época.—N.º 9.—1.º Setiembre 1884.*

dominico español Fray Luis de Granada. Obra incomparable la consideraron los más afamados filósofos y literatos como Leibnitz, Lammenais, Laharpe y Fontenelle quien confiesa ser «la obra más bella que haya salido jamás de manos del hombre,» puesto que la Sagrada Escritura reconoce á Dios por autor. El exámen de este libro es objeto superior á mis débiles fuerzas; campo es este, como se vé, en que han espigado los más privilegiados ingenios y á mi entender aun se han quedado cortos, pues arpa angélica que no lengua humana, es menester para ensalzar una obra en que el espíritu de Dios ha pasado hermoseando y santificándolo todo.

Aquel monge oscuro, en cuya mente brillaban fúlgidos los rayos de sobrenatural inspiración, dejó en su libro tan rica y preciosa doctrina vestida con tanta donosura y suavidad y con tan riquísimo caudal de sentido práctico que ha sido por largos siglos *venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, refección de las almas y fuente de celestiales deleites.*

No hay que ponerlo en duda: á todas las obras de la sabia antigüedad, de los Padres y Doctores griegos y latinos y de los grandes teólogos y filósofos así antiguos como modernos aventaja y supera el libro inmortal de la Imitación de Jesucristo.

Pero ocurre ahora la siguiente cuestión. ¿Cual fué el afortunado autor de libro tan precioso? Tres candidatos aparecen principalmente como presuntos autores á los ojos de la crítica: Tomás de Kempis canónigo regular de San Agustín en Zvolle, Juan Gerson canciller de la Universidad de París y Juan Gersen benedictino italiano del siglo XIII. Badius y Francisco de Foul fueron los primeros que la atribu-

yeron á Tomás de Kempis; pero el célebre jesuita Antonio Possevino y luego los monjes benedictinos de San Mauro sostuvieron la opinión contraria, atribuyendo tan gloriosa paternidad al famoso Canciller. No hace muchos años que se publicó un estudio de Mr. Barbier en que se defiende empeñadamente la opinión favorable á Kempis y luego una obra llena de riquísimos datos y observaciones titulada «Investigaciones histórico-críticas» acerca el verdadero autor de la *Imitación* de Jesucristo, debida á la docta pluma del sabio obispo de Brujas Mr. Malon, en la que suscribe el autor á dicha opinión. Hoy dia se cuentan á centenares los defensores de la misma. Ciñéndome á los principales citaré á los sabios publicistas ingleses Edmundo Waterton y Samuel Kettlewell, al profesor Linisay en la «Enciclopedia británica», al erudito eclesiástico holandés M. Spitzzen en un docto y concienzudo trabajo colocado por la crítica en primera línea, al doctísimo general de la congregación de canónigos regulares de Letran Rdo. Padre Luis Santini que escribió dos preciosos volúmenes para ilustrar este punto y á la preclara escritora Inés Lambert en un magistral estudio publicado en una Revista contemporánea.

Los monjes benedictinos, á cuyo frente marcha el insigne paleógrafo Mabillon, han consagrado prolijas y concienzudas investigaciones al esclarecimiento de este punto de crítica histórica y parece que el resultado ha sido atribuir la paternidad de la *Imitación* á un benedictino italiano del siglo XIII llamado Juan Gersen y negarla por ende á Kempis y al famoso canciller, cuya fama pudo acrecentar la semejanza del nombre en menoscabo de la del monje piamontés. Á esta opinión se adhirió resueltamente el célebre escritor francés Gaspar de Gregory en su «Historia del libro de la

Imitación de Jesucristo y de su verdadero autor» publicada en dos volúmenes en 1848, y hoy día la sostienen con brio y tesón el sabio benedictino alemán Celestino Wolsgruber en un precioso libro publicado en Augsburgo lleno de selecta erudición y copiosa doctrina, como también el abate Puyol y el italiano Veratti.

Sea lo que fuere del valor y certeza de estas opiniones que acabamos de enumerar en esta rapidísima escursión histórica, es lo cierto que, según unánime sentir de todos los biógrafos, falleció éste en 1471 y según el autorizado voto de un crítico ilustre, existían en su tiempo en la Germania superior varios códices manuscritos, mucho más antiguos, de esta obra, sin nombre de autor, en tres distintos monasterios y marcados respectivamente con las fechas de 1433, 1427 y 1418. Añádase que el abad Trithemio cronista y teólogo alemán contemporáneo de Tomás asegura haber oído que este libro había sido leído ya de sus mayores. Y ¿que mucho? si el seráfico Doctor que murió como es sabido en 1274 al celebrarse el concilio de Lyon, sacó una proposición en una conferencia que tuvo con los Padres Tolosanos del capítulo xxv del libro 1 de la *Imitación*, con lo cual se infiere la creencia bastante generalizada de que su entrañable amigo el Doctor angélico entresacó de la *Imitación* Libro iv, capítulo xiii, § II, aquellas palabras del Oficio del Corpus: ¡Oh quam suavis est Domine spiritus tuus, etc.

Pero ¿cual ha sido el motivo porque después de tan largos siglos, el venerado nombre de Tomás de Kempis se halla estampado en la portada de las numerosas ediciones que de tan famoso libro sin interrupción se publican? Sabido es, como atestiguan unánimes los historiadores de su vida, que no habiendo todavía en aquella época el uso de la

imprensa, se ejercitaba nuestro autor en copiar paciente y habilísimamente manuscritos de orden religioso y que tal extremo de perfección y belleza alcanzaban sus trabajos caligráficos que eran citados á menudo como los más primorosos en su género. Por haberse, pues, encontrado algun ejemplar escrito de puño y letra de Tomás y con una suscripción al fin que decía en letras coloradas: «finido y completo en el año 1441 por manos de Fray Tomás Kempis» empezaron Sommalio y despues el docto jesuita aleman Keriberto Rosweide en sus «Nudieie Kempenses» á atribuírselo. Pero la tal inscripción, semejante á otra tambien en letras rojas, que se halló al fin de una Biblia trasladada por el mismo, más indican haber sido el amanuense que no el autor. Cooperó tambien á aquella opinión el haber sido Tomás un varón muy espiritual y devoto, retirado del siglo en el monasterio de Santa Inés cerca de Colonia, que debió copiar más en su corazón que en el papel los libros de la Imitación; de los cuales principalmente hablaría cuando dijo: «En ninguna parte he hallado descanso sino en los rincones con los libritos.»

¿Á qué época debemos, pues remontarnos para hallar al afortunado autor? Consta que no puede ser más antiguo que San Francisco de Asis, cuya autoridad cita en el Libro III, capítulo L, § VIII: «Quantuun unusquisque est in oculis tuis, dice hablando con Dios, tantum est et non amplius, ait humilis sanctus Franciscus.» Hubo pues, de ser compuesto poco tiempo despues de la muerte del seráfico Patriarca, cuando empezaban á resfriarse la fé y la piedad cristianas, por algun monje desconocido, afanoso de ocultarse de la vista de los hombres. «Soli Deo et angelis ejus opta familiaris esse et hominum notitiam devita» dice el

autor en el Libro I capítulo VIII, § I y en el V § I del mismo libro: «Non te offendat auctoritas scribentis, utrum parvæ vel magnæ litteraturæ fuerit; sed amor puræ veritatis se trahat ad legendum. Non quæras quis hoc dixerit; sed quid dicatur, attende;» en cuyas admirables sentencias podemos ver fielmente retratada la profundísima humildad del piadoso autor menospreciador de la gloria y aplauso mundanos y que nos permite emitir nuestra desautorizada opinión de que, fiel á esta doctrina que con tanto celo inculcaba, quiso ocultar tal vez su obra bajo el velo del anónimo. No obstante, queda todavía la cuestión por resolver y objeto de perenne estudio y solaz para los eruditos de mañana como lo ha sido para los de ayer.

Asombroso es el número de ediciones y traducciones que en todo el mundo y en todas las lenguas se han hecho de esta obra inmortal. De las primeras se calcula ascienden á 3.500, fabulosa cifra que por sí sola es ya el más elocuente testimonio del inestimable valor de tan preciosa joya literaria. Ciñéndonos á nuestra España, gloriosa patria de tantos y tan esclarecidos cultivadores de la literatura ascética, sabido es que ha profesado al libro de la *Imitación* singular estima, como lo acreditan las 46 ediciones entre latinas, castellanas y catalanas. (\*)

Eminentes escritores nacionales han dedicado las dotes de su ingenio á trasladar fielmente al castellano las inimi-

---

(\*) Por orden de provincias.—*Latinas*: Madrid, 6.—Gerona, 1.—Sevilla, 1.—Villagarcía, 1.

*Castellanas*: Alcalá, 1.—Sevilla, 4.—Toledo, 1.—Madrid, 12.—Barcelona, 12.—Valladolid, 1.—Málaga, 1.—Sevilla, 1.—Búrgos, 1.—Pamplona, 1.

*Catalanas*: Barcelona, 1.—Figueras, 1.

tables bellezas que componen el tejido de tan precioso libro. Seis traducciones conocemos en habla castellana; la muy elegante y primorosa del clásico escritor Fray Luis de Granada; la excelente del Padre Nicolás de Arnaya, celoso misionero de la Compañía de Jesús; la muy severa y precisa del sabio Nicremberg; la correcta del premostratense Vergara; la culta y atildada del gran humanista español, felicísimo intérprete de las odas del cisne venusino, Francisco Javier de Búrgos y la fiel y esmerada del docto religioso de la Merced Fray Magin Ferrer.

JOSÉ IGNACIO VALENTÍ.

## LES BAMBOLLES

## V

Cresqué el ninet, y els seus pares perque pogués aprendre bé de lletra anaren á viure á la vila; y allá dins poch temps na Margalida hi tengué amigues y el ninet amichs que jugavan ab ell molts de dies. En Tomeu á causa de les feynes del conrar, casi sempre era á foravila; y la seua ausencia y poques ocasions d'estar ab la dona, llevava motius y esques de renous; encara que devegades dins el matrimoni l'arrós feya grumayons, pero no tants qu'els veynats tenguessen queixa del seu comportament.

El ninet y els seus amichs cada dia cercavan jochs nous. Un cop eran les baldufes, l'altre les pilotes, l'altre els estels y miloques lo que més los feya anar fora corda; y vengué un dia que se entretengueren en fer bolles de sabó ab un canonet de canya dins la botiga de la posada. Qui les tirava al ayre perqu'el vent les prengués y les s'en dugués amunt; qui les acaramullava dins una escudella d'Inca per fer muntanyes de diamants.

Na Margalida aparrussava un vestidet del nin asseguda derrera la porta del carrer, sense deixar de tenir esment á n'els seus jochs, y mirant la seua innocent alegría. Ab axó arribá son pare, y sense reparar que hi fos la dona, quant vé

el nin tan entretengut ab les bambolles de sabó de dins el plat, li preguntá riguent, y com que fer una berba:

—¿Que jugas ab testimonis?... ¿Y ta mare ahon es?

—Som aquí: contestá na Margalida que cuant va sentir la paraula testimonis emprada per son marit per anomenar les bambolles, se trastorná y ecsaltá; perque compregué la analogía que tenia aquesta figuració ab lo misteri d'en Tomeu. Aquest, que no creya tenirla tan prop, quedá sense paraula p' el mateix motiu.

—Diguem que volias (digué na Margalida.)

—No volia rés.

—¿Perque demanavas ahon era?

—Per sabrerhó.

—Donchs; ja ho saps. Tú sempre vols sebre lo dels altres y no vols que ningú sapia lo teu.

—Margalida; no comensem.

—Si tú no fosses un homo ple de misteris que á lo milló dius paraules que ningú enten, no hauriam comensat may, ni vendria el cas de que haguessem d'acabar cualca dia.

—Si jo no t' hagués estimada tant com t' he estimada, no tendrias ara la llengua tan llarga com la tens.

—¡Tú, estimarme! Ni m'estimas, ni m'has estimada may; per axó me tractas com si fos un padás brut.

—¡Margalida! Mira com conversas. Cent vegades t' he dit, jurat y perjurat, que tú no saps, ni pots comprendre may fins á quin punt es arribat el meu amor.

—Fins á n'el punt de no cumplir una sola promesa que'm feres el primer vespre de novia, per donarme'n bones proves.

—Jo he cumplit aquesta promesa millor que tú.

—Jo no t'amach res, y tú si.

—Tú m'amagues moltes coses.

—Jo puch anar p' el mon ab lo cap ben alt y la cara ben descuberta.

—Jo sé de tú coses que may m' has dites y que t' escarrufarias si sabesses quines son y com les sé:

—Res tench de qu' escarrufarme devant Deu y devant els homos.

—Mira que les mates tenen ulls y les parets orelles, y per tú n' han tengudes més de dues vegades.

—¡Y á mí que 'm fá! Ne deuen tení per tothom, y per tú també.

—¡Margalida! Jo fins ara he respectat els teus secrets; y tú deus haver de respectar els meus.

—Jo no 'n tench cap. Si tú 'n tens y los guardas de sa teua dona, no ets digne de qu' ella t' estim.

—Un sol secret hi ha en la meua vida. Si no 'l t' he dit es perque no 'l te puch dir, ni dech dirlo 't may per la teua mateixa tranquilidat. Respecta 'l.

—Prou qu' el respect. Encara el respectaria més si 'l me diguesses.

—Sols una vegada ha sortit de la meua boca y va esser encara per forsa. El vaitx dir al confés sense anomenar persona, el dia abans de casarme ab tú. Deu l' ha perdonat ja. No 'l vulgas tú sebre may.

Na Margalida se va quedar ab el cor nuhat, mes aximateix replicá:

—Sia el fet que sia, com no m' importa á mí, ja no 'l vull sebre. Desde avuy en devant pots tenirlo tan sofronyat com vulgas, y ferte les sopes tot sol.

En Tomeu no contestá. La seua dona que massa sabia ja d' aquell misteri, pensava en sí mateixa:

¿Qu' es lo que pot sebre de mí?

¿Perqu' el distreuen y el fan riure les bambolles que fá l' aygua?

¿De que poden esser testimonis aquestes bambolles?

¿Seria també el seregay de les bambolles el seregay dels testimonis?

¿Y porque será aquesta por de que l' aygua no parli?

Y com la memoria d'en Geroni ab totes les seues circumstancies, estava present dins la seua imaginació, á cadascuna d'aquestes preguntes les contestacions eran les més fatals que esser podian, perqu' ella sabia ja que la seua mort havia tengut aquella casta de testimonis dins el seregay de la garriga.

¡Ay! tot axó aplegat dins son cor hi fé neixe una altre espina grossa y llarga qu' el ferí tan fort y dolrosament que li arrancá un replech de llágrimes amargues, que no pogué amagar á n' el seu homo.

—¿Y ara porque ploras? (preguntá en Tomeu.)

—Per no rés: (contestá sa dona.)

—Per cualca cosa deus plorar.

—¿No dius tú que rius, porque rius y basta: Ara jo també plor porque plor, y encara no crech que bast.

—¡Margalida! No m' incomods.

—Jo no fás rés que no puga fer, y que tú no hajas fet abans de mí.

—Vull sebre porque ploras.

—Plor per un fet que no puch dir, ni el dech haver de dir per sa teua mateixa tranquilidat; ni 'l diré may, encara que sia á n' el confés, porque per mí no es cap pecat com el que tú m' amagas.

—¿Y com saps tú qu' el fet que jo t' amach es un pecat?

—Si no ho fós, no haurias tengut necessidat de confesar-te 'n, per poderte casar ab mí.

—¡Margalida! No 'm cremis més. Calla y no 'm fasses sortir del solch.

—¡Ay, Senyor! Aquest fet, á mí me fá plorar sense tenirhí culpa; y á tú te dona passió de riure, cuant deuria ferté derramar llágrima viva tota la teua vida.

—¡Margalida! No m' ensengues més la sanch. May t' he pegat y si m' enfadas no responch de mí.

Les llágrimes de la dona, cuant sentí l' amenassa de son marit, se tornaren un plant desaforat que mogué la curiositat dels veynats; y les paraules indiscretas qu' aquests plors li arrancaren feren que l' homo sortís de botadó y li deixás caure els cinch dits demunt la cara.

Els veynats acudiren á apaciguá aquell trastorn y sentiren espressions bastantes per comprendre lo que hi havia: més no pogueren de tot d' una posar aquest misteri en clar. Desitjosos de lograrhó, desde aquell dia visqueren sempre alerta.

Un mes després el Sen Miquel, venia un horabaixa de la tanca, daixo, daixo. En Tomás, un camarada seu qu'el vá trobá y que també venia cap á la vila, s' aplegá ab ell y al temps que caminavan mogueren conversa per fer el camí més curt. Cuant foren en el comellá de la garriga de Son Rossinyol á un punt ahont hi havia una creu de llenya de olivera clavada en el tronch d' un espinalé bord, que havia crescut dins el seregay mateix del comellar; el Sen Miquel, llevantsé el capell, digué:

—¡Tomás! Resem un pare-nostre per l' ánima del pobre Geroní y perque Deu mos fassa la gracia de deixarmós morir dins el llit de ca-nostra ab tots els sacraments.

Son amich resá ab ell y després d' acabada la oració dominical, y de senyats; li preguntá:

—¡Sen Miquel! ¿Que va esser aquí mateix, ahont hi ha aquesta creu de fusta, el lloch de la mort d'en Geroni?

—Aquí mateix: (respongué el vell.)

—Y vos en deveu sebre bé la prima d'aquesta mort. Com que haja sentit á dir que casi vos hi trobareu.

—Es ben cert. Jo vaitx encontrar els dos guerrers á s'endret d'aquell badaluch de roques.

—¿Y el qui 'l matá, qu'era guerrer seu?

—No diré tant. Qui era guerrer seu, segons he arribat á averiguar, era el qui l'acompanyava.

—¿Y qui era el qui anava ab ell?

—En Tomeu, casat ab la pubila de Son Rossinyol.

—¿En Tomeu? (digué ple de sorpresa en Tomás.) ¿Y vos que no sabeu encara, lo que va passar despuis ahí ab na Margalida, y les novedats que hi ha per vila?

—¡Jo, pobret de mí que fá sis dies que som á la tanca á secar figues! ¿Com vols que ho sapiga?

—Donchs heu de sebre qu'el dimars passat se posá á ploure fort, cuant na Margalida era á ca na Pereta la seua amiga; y allá hi havia també na Miquèla y Madó Juanayna que l'esplugavan sobre els quinentos que va tenir ab s'home, deu fer una mesada; y succehí que cuant l'aygua era més forta na Margalida se trastorná y tengué un estérich de lo més fort y alt de punt. Perdé el mon y la bolla de vista y al temps que feya uns crits molt espantosos deya: «Allá vá caure.» «Allá el mataren.» «En el seregay de les bambolles;» més ningú va sebre de qui parlava, ni ahont era tal seregay.

—Era aquest qu'hem passat ara. L'hi han donat aquest nom, no fa gayre els veynats de per aquí.

—¿Aquest de devora la creu?

—El mateix.

—Segons veitx parlava d'en Geroni.

—Es ben segú.

—Y sabeu que va dir encara de més coses. Digué que les bambolles eran testimonis de la seua mort, y que s' homo hauria de donar un grós compte á Deu. Ara veitx qu' es éll, el qui 'l vá matar.

—També fa estona que jo li he penjat aquest miracle.

—Y si vos sabesseu lo que la pregaren ses amigues, després qu' ella hagué tornat en sí, perque los esplicás aquelles paraules; més no pogueren conseguir que los digués el net de la penyora y ho contás tot per clar.

—No hi ha com el Temps per posar les coses en son punt.

—Y á nit passada, deyan males llengos qu' el Jutje ha manat remoure el procés. Y lo qu' es ben cert, perque jo m' hi trobava, es que á l' horabaixa el Satx va anar á cercar en Tomeu de part del Batle y el s' en mená á la casa de la vila; y avuy dematí hi havia de compareixe na Margalida sa dona, y na Pareta y Madó Juanayna y no sé qui més.

—Ara veurem que 'n sortirá d'aquest bugat.

—Jo voldria que si l' ha feta que la pach.

—Y jo també. Y si 'l Jutje me torna enviar á demanar li diré *clarito* les sospites que tench y per quins motius.

Continuaren conversant d'aquest assumto, y cuant foren á la vila passaren per curiosidat per devant la posada de Son Rossinyol y sentiren na Margalida que plorava y deya á una coneguda seua:

—Jo ja no puch viure més. Desdixat fill meu qu' es quedarà sense pare ni mare.

P. DE A. PENYA.

(Continuará.)

## RAMÓN LULL

*Discurso leído el día 1.º de Mayo del año actual  
en el Instituto de las Baleares*

SEÑORES:

Si alguno de vosotros ha seguido con benévola atención el curso de mis tareas literarias, laboriosas aunque oscuras, sabrá bien que el único timbre de que me envanezco es el de haber puesto el hombro á la tarea de reconstrucción de nuestro pasado científico, y especialmente haber traído alguna piedrezuela al edificio de la historia de nuestra filosofía. La mayor parte de mis modestas investigaciones y estudios á ese fin se encaminaron, y, aunque no hayan alcanzado otro efecto, ni tengan más valor, han producido, á lo menos, el saludable fruto de excitar la opinión, antes poco ó nada cuidadosa de estas materias, y ahora más despierta y atenta á la voz de nuestros antiguos pensadores, por tanto tiempo desdeñados de sus olvidadizos nietos.

Varios procedimientos deben emplearse simultáneamente para despertar el gusto hasta ahora dormido, y avivar en la generación actual (que tanto se precia de dar culto á la razón discursiva y de honrar y estimar su libre ejercicio)

el deseo de conocer un poco de cerca tan altas cosas y tan sublimes autores. Ediciones críticas y correctas de los principales textos de nuestros filósofos, exposiciones precisas y completas de su doctrina, estudios sobre su desarrollo histórico, sobre las mutuas relaciones que guardan entre sí, y sobre su influencia en el mundo... todo esto nos falta, y todo esto es menester para anudar los eslabones de la rota cadena de la ciencia ibérica, y para hacer entrar en su amplio cauce los hilos de agua hasta ahora dispersos. Sólo entonces será hacedero tejer la historia de la filosofía española, entendida tal palabra en su verdadero y recto sentido, que no excluye la variedad local, y afirma al mismo tiempo la unidad de la ciencia. Sólo entonces podremos confirmar ó rectificar las hipótesis que, para alumbrar el camino, han ido formando provisionalmente los primeros que se han internado en la oculta mina. Sólo entonces llegará á ser afirmación indiscutible lo que es hoy presunción y conjetura, robustecida cada día por nuevos datos, es á saber, que hay en el pensamiento ibérico tales caracteres y aptitudes, tales rasgos de identidad á través de los siglos y de las civilizaciones más distintas, que nos autorizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las lucubraciones de nuestros pensadores, y que es cosa, no ya lícita, sinó de rigurosa justicia (sólo retardada hasta ahora por la ignorancia ó la pasión) conceder á nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía, si no tan alto como el que ocupan las dos razas privilegiadas en este punto, la griega y la alemana, tan alto, por lo menos, como el que se concede hoy á los italianos y á los franceses. Entonces podremos hablar con entera exactitud de filosofía española. Pero aunque esta unidad del genio nacional en medio de

la variedad producida por el desarrollo histórico fuera sólo una síntesis atrevida, y los hechos, más menudamente examinados, vinieran á contradecirla, todavía habríamos obtenido, si no la historia de la filosofía española, á lo menos la historia de la filosofía en España, la cual, en el mero hecho de ser historia, tendría ya sus leyes impuestas por el objeto mismo, tendría su construcción interna, su tejido de causas y de efectos, y no podría exponerse á retazos y como fárrago de mal hilvanadas monografías, ni sería *juxta-posición* inorgánica, sinó cuerpo vivo, por el cual circulara la savia de esa entidad realísima é innegable, aunque lograda por abstracción, que llamamos *genio*, *índole* ó *carácter* nacional. Llegados á tal punto, podría decirse y sostenerse quizá que el modo español de filosofar, ó digámoslo mejor, el conjunto de disposiciones metafísicas, avivadas por el ejercicio, y enriquecidas por la tradición, no difería esencialmente en España de lo que es en las otras gentes latinas, pero todavía bajo esta unidad en lo sustancial, cabe infinita variedad y riqueza de pormenores y accidentes, y, si no de colores, á lo menos de matices.

De todo lo cual yo infiero que, siendo materialmente imposible (dadas las leyes de la trasmisión y de la herencia, y salvando siempre los derechos del genio y muchísimo más los del libre albedrío) que pensadores de una misma sangre, nacidos en un mismo suelo, sujetos á las mismas influencias físicas y morales, y educados más ó menos directamente los unos por los otros, dejen de parecerse en algo y en mucho, aunque hayan militado ó militen en escuelas diversas y aun enemigas: se puede afirmar *á priori*, y sin recelo de equivocarse, que la historia de la filosofía española, considerada en su integridad, es algo que tiene existencia y vida propia

y peculiar, y que debe ser considerado y tratado aparte, por más que esa existencia y esa vida parezcan secundarias dentro del total desarrollo histórico de la ciencia. Y no pretendemos con esto aislamientos infecundos, ni menos levantar murallas contra la invasión de todo lo que no sea ó parezca castizo, que, si ello merece vivir, ello vivirá á pesar de todos nuestros esfuerzos, entrando á formar parte esencialísima de nuestro caudal científico, como se han venido incorporando en él tantos y tantos otros elementos extraños: árabes y hebreos; italianos, franceses, escoceses y alemanes. Ni menos envuelve la idea de ciencia nacional la ridícula pretensión de que los españoles estemos conformados y dispuestos para la filosofía de un modo distinto que el de los demás mortales, de tal suerte que podamos plantear y resolver los grandes problemas ontológicos de una manera diversa de como los plantea y resuelve indefectiblemente la inteligencia humana; puesto que es sabido que, si la voluntad es libre, el entendimiento no lo es más que á medias, y que los problemas están contados y las soluciones también, repitiéndose eternamente los mismos círculos. Pero como el grande interés y la grande excelencia de la filosofía no estriba tanto en la solución como en el trabajo de buscarla y en el generoso ejercicio del entendimiento perseguidor de la verdad, os he de confesar que á espíritus críticos y curiosos, aunque no escépticos, como no lo es el mio, aun más que el punto de arranque y el punto de término, nos interesan los amenos vergeles ó las hórridas fragosidades del camino. De aquí la importancia de la *forma* en filosofía. Y no entendemos por *forma* la mera exposición literaria, sinó algo más íntimo y profundo, es á saber, la facultad, si no creadora, ordenadora, que encadena en una original dispo-

sición las ideas, y forma con ellas una trama que llamamos *sistema*, es decir, un verdadero poema filosófico. Poco se adelanta con decir que tal ó cual metafísico es panteísta ó dualista, que es sensualista ó que es escéptico: lo que nos importa es averiguar cómo y por qué lo es, cómo se eslabonaban las ideas en su mente, cual era el ritmo que las sometía y disciplinaba. Y en este ritmo, en esta serie lógica y animada de estrofas ideales, está la mayor originalidad, casi la única, que cabe en el pensamiento humano; y es burda y grosera crítica hablar de plagios en filosofía. Las ideas son de todo el mundo ó más bien no son de nadie: son extrañas al filósofo, y moran en un mundo superior, desde donde, *puras, inmóviles, bienaventuradas*, como las vió ó fantaseó Platón, mandan sosegadamente sus rayos sobre la frente del filósofo.

Si entre los sistemas, pues, nacidos en España, los hay que tengan verdadera originalidad, y que hayan influido de una manera eficacísima en las posteriores evoluciones intelectuales, de tal manera que la historia de la ciencia resulte manca ó incompleta sin ellos, podremos decir, no sólo que la filosofía ha florecido y tiene historia en España, sino que poseemos una verdadera ciencia nacional. Yo nada prejuzgo, señores; pero para mí la solución está clara. ¿Habría algún historiador de las ciencias especulativas que se atreva á borrar de su historia el imperativo categórico de Séneca, la ciencia enciclopédica de San Isidoro, el panteísmo intelectualista de Averroes, el panteísmo emanista de Avicbrón, la conciliación mosáico-peripatética de Maimónides, el misticismo quietista de Tofail, el realismo, á un tiempo lógico y ontológico, de vuestro gran Lulio, la teodicea racional de su fiel discípulo Sabunde; las vigorosas concepciones

armónicas de Fernando de Córdoba, de León Hebreo, de Fox Morcillo, en quien Platón y Aristóteles y la *idea* y la *forma* se compenetran; el espíritu crítico, á un tiempo demoledor y restaurador, de aquel prodigioso valenciano, Luis Vives, personificación la más alta del Renacimiento; la psicología experimental, corona luminosísima de esa escuela en el mismo maestro, y en Gómez Pereira, Huarte y D.<sup>a</sup> Oliva; el radical escepticismo de Francisco Sánchez; la cristología panteista de Miguel Servet; la *Metafisica* de Suárez; la *Concordia* excogitada por Molina entre la gracia y el libre arbitrio; y, sobre todo esto y dominándolo, aquella sublime filosofía popular, la más española de todas, la que llamamos *escuela mística*, tesoro de intuiciones y centelleos de luz difusa y comunicativa, que desde el entendimiento enciende á la voluntad para la acción?

Por todo esto, señores, soy creyente en la filosofía española, y procuro comunicar este entusiasmo mío á cuantos son capaces de sentirle, y por eso, correspondiendo á vuestra cortés invitación, voy á recordaros brevemente, y en forma de exposición popular, lo que deben las ciencias del espíritu al varón más ilustre que ha nacido en vuestras islas, al gloriosísimo mártir de Cristo, iluminado doctor y maestro universal de todas artes y ciencias, al Beato Ramón Lull, á quien piadosamente veneráis en los altares, y cuyo nombre corre en las escuelas con inmensa gloria, latinizado en el de Raimundo Lulio.

Sería impertinente y pueril, hablando en esta isla y ante un auditorio tan ilustrado y tan conocedor de las antigüedades de su tierra, detenerme en pormenores biográficos, que todos vosotros tenéis olvidados de puro sabidos. Si todavía quedan, en esa vida tan gloriosa y tan llena, puntos

oscuros que no ha podido desentrañar toda la diligencia de sus numerosos biógrafos, entre los cuales descuellan los PP. Custurer, Pascual y Solerio y el diligentísimo Rosselló: si algunos pormenores muy interesantes y muy poéticos no tienen más apoyo que la tradición, tradición, á la verdad, muy antigua, constante y autorizada; si el mismo culto inmemorial que en esta católica provincia se le tributa sufrió desde antiguo contradicción y objeciones, arrojándose algunos á negar hasta su martirio, que es de certidumbre histórica irrefragable... todas estas y otras cuestiones semejantes sólo en un especial y muy detenido trabajo crítico pudieran dilucidarse, tomando por base y fundamento de todo lo que el mismo Raimundo dejó escrito de su persona en sus infinitos libros, y la antiquísima biografía anónima que desenterró el P. Custurer de entre los manuscritos del Colegio de la Sapiencia de esta ciudad de Palma. Á la luz de estos datos, únicos primitivos é incontrovertibles, y teniendo muy en cuenta los procesos de beatificación, podrán acrisolarse, y ponerse en su punto las noticias que acumularon los biógrafos de Raimundo en los siglos xvi y xvii, comenzando por Carlos Bovillio (*Bouvelles*) y el magnífico caballero Nicolao de Pax.

Sólo de esta manera, dando lo cierto por averiguado, y lo dudoso por dudoso, y calificando las tradiciones segun su mayor ó menor antigüedad y verosimilitud, sin preocupación anterior, ni siquiera la del legítimo entusiasmo que la persona y los escritos de Lull infunden, podrán desatarse las contradicciones cronológicas hasta ahora insolubles, desecharse lo que es manifiestamente imposible, y ponerse en su verdadera luz aquella gigantesca figura, que no perderá ciertamente nada de su grandeza despues de pasar por el

crisol. Así y todo, la vida de Raimundo queda más poética que la de otro filósofo alguno, puesto que no se pasó en la lobreguez de las aulas, ni en el silencio del claustro ó de apartada estancia, sinó que se esparció y derramó por el campo de la acción, como verdadera vida, no de contemplador estéril, sinó de misionero y propagandista cristiano, y (digámoslo así) de caballero andante del pensamiento. Y sean cuales fueren las maravillosas circunstancias que acompañaron á su conversión, y sea cualquiera el valor que se dé á las encantadoras historias del caballo y del pecho gangrenado, y aún á la de la aparición del crucifijo, la imaginación conservará siempre sus derechos respecto de un personaje tan extraño y fantástico y que tanto sale de los vulgares límites de la condición humana, y nunca concebirá sin maravillas semejantes á las citadas, y sin una intervención directa, eficaz y visible de lo alto, el cambio súbito de aquella naturaleza impetuosa, trocándola de *lasciva* y *mundana* que fué en sus principios, como él reconoce y deplora en sus libros (v. g. en el *Phantasticus* y en el *Desconort*) en naturaleza verdaderamente llena de Dios, y ansiosa de abrasar á todo el género humano en las mismas llamas que á él le encendían. Y ¡qué campo ofrece á la fantasía del historiador, del poeta y del novelista, aquella vida de Raimundo en Miramar y en Randa, tal como él la describe en el *Blanquerna*, trayéndonos á la memoria las venerables imágenes de los antiguos padres del yermo!

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(Seguirá.)

## D. GUILLERMO FORTEZA

---

### I

Achaque desgraciado de nuestra nación en sus comienzos literarios y aun en su siglo de oro, fué la lamentable carencia de un sentido crítico que se impusiera formalmente, ora á las preocupaciones del público selecto, ora á los caprichos del vulgo ignorante que por igual sacaban la literatura patria de sus naturales quicios.

Alta merecedora de este dón era una literatura cuyo primer libro y portentosa representación consiste precisamente en una sátira literaria, en una novela llena de intención crítica, publicada con el exclusivo objeto de arrojar de las letras españolas las monstruosidades caballerescas, destinadas por sus autores á ser pasto y delicia de todas las gentes, pero que muchas veces fueron ocasión de pecado y aumento de las casas de orates.

Todos mis lectores habrán adivinado en el párrafo anterior la grandiosa obra de Cervantes, quien por otra parte y en otros escritos no dejó de esponer sus principios literarios, bien cuando escribía el *Viaje al Parnaso*, bien cuando publicaba sus comedias precedidas de un prólogo en donde se declaró partidario, para el teatro, del cánon aristotélico y sus unidades que acababan de acogerse en Francia é Italia.

El renacimiento literario de tales países, introducido en España por Boscán y dado á conocer por Sanchez de las Brozas en sus *Anotaciones* á las obras de Garcilaso y Juan de Mena encontró impugnadores tan tenaces y ocurrentes como Castillejos, aparte de otros varios, que proclamó en altas quejas la superioridad de las formas antiguas para nuestra poesía. Ni estas formas antiguas eran bastante conocidas, pues solo Gonzalo de Berceo, Manrique, Santillana y otros pocos se recordaban, como tambien únicamente fué consultada, la poesía popular en los *Nobiliarios* de la aristocracia y el mester de clerecía en las crónicas de las comunidades religiosas. Tampoco pudo dar noticia de ellas quien como Argote de Molina, reputado por muchos como crítico notable, no debe salir, según un historiador contemporáneo, de entre los cronistas y anticuarios, demostrando palpablemente esta afirmación las pocas y barajadas apreciaciones que suministró en su escrito ó discurso sobre la poesía castellana.

Dejando á un lado las obras didáctico-literarias pero no críticas de Fray Luis de Granada, Céspedes, Rodrigo de Espinosa, Arias Montano, etc. ¿cuan difícil no sería, buscar principios estéticos fijos, ni siquiera un asomo de crítica formal durante todo el siglo de oro, sobre todo si hojearnos los desatados panegiristas de Góngora entre los cuales figuran principalmente García Salcedo y el mismo D. José Pellicer? Afortunadamente, no se hicieron esperar mucho Saavedra Fajardo y Cascales quienes con sus consideraciones acerca del enmarañado y abstruso poeta cordobés, prepararon en las letras, nuevo asiento á la cordura que parecía habernos abandonado para siempre. Y fué más importante su juicio, cuanto no les guiaba un móvil desa-

forado y animoso como á Quevedo en la *Cultalatiniparla* y sobre todo en su *Perinola*; ni habian sostenido polémicas tan violentas como el *Para todos* de Montalván ó el *Tribunal de la Justa venganza*, por los amigos del Dr. Juan Perez. Gracián acabó como poeta y como retórico la obra de perdición del buen criterio, llegando á los tenebrosos dislates de su poema sobre las *Estaciones* y á sancionar, según la frase de un crítico moderno, el código del mal gusto en su *Agudeza y Arte de ingenio*.

El benedictino Feijoó encontró de agradecer las medidas de Felipe V en bien de las letras emprendiendo, tal vez á su influjo, una famosísima cruzada contra los errores de su época, bien fuesen literarios, bien se refiriesen á los escándalos de la administración ó á los extravíos filosóficos. Pues que el teatro renacía espléndidamente en Francia con Moliere y Corneille y agonizaba de mal modo en España, D. Ignacio de Luzán publicó su *Poética* en donde se duele de la libertad omnímota de Lope, Calderón y Moreto, olvidando que sus ídolos franceses los habían copiado más de una vez; mientras que el padre Isla clamaba contra los vicios de la oratoria sagrada, en sus famosas cartas primero y después en el *Fray Gerundio de Campazas*, novela que puede hermanarse, por su intención, con el *Quijote* ya que nunca alcanzarle, ni de gran trecho, en sus condiciones literarias.

Montiano, Mayans y Ciscar, D. Nicolás y D. Leandro de Moratin, Capmany, Iriarte y Jovellanos siguieron el camino emprendido por D. Blas de Nasarre en el prólogo á las Comedias de Cervantes, que publicó, llegando hasta nuestra época sus resultados que tal vez engendraron críticos tan severos como Hermosilla, tan sabios y discretos

como D. Alberto Lista, Martínez de la Rosa ó Gil de Zárate y tan ingeniosos y sagaces como el gran Fígaro.

Estos pasos, lisa y pobremente contados, siguió nuestra crítica literaria y este es su sencillísimo boceto, que creemos encontrará debida justificación, si pareciese inoportuno, en las siguientes observaciones.

## II

Ante todo debemos asegurar que nunca perteneció Guillermo Forteza á aquella tan frecuente manera de críticos, que avaloran las producciones literarias, no por las bellezas reales é intrínsecas con que se engalanan, sinó por la ausencia de los defectos que pudiesen perjudicar su atavío ó desmerecer su porte.

Hijo privilegiado y amante de la naturaleza meridional, se complació primero en su fecunda contemplación, para saborear después, con el necesario discernimiento, las obras del espíritu humano: y nadie como él supo descubrir, con tanta perspicacia, la unión purísima de la obra artística con el humano entendimiento, llegando á vislumbrar el tálamo misterioso en que la idea se confunde con la intelección produciendo en el alma, la fruición nobilísima de lo bello.

Adivinaba lo que no sabía, su talento, tan ágil en presentir como en esplicar toda clase de hechos, gozándose frecuentemente en sus pocos pero nutridísimos escritos, con reflejar el placer altamente poético de su espíritu cuando se estremecía á impulsos de ajenas concepciones; al par que glosaba y ponía de relieve los más nimios detalles y las más minuciosas filigranas, que para miradas menos pro-

fundas, permanecen tal vez escondidas entre los últimos pliegues del lenguaje.

Sus vastas y bien meditadas lecturas produjeron por otra parte efectos saludables, sobre todo en lo que toca á las letras castellanas, remozando su gusto y purificando sus nunca desmedidos antojos, en la corriente gloriosa de nuestro carácter nacional. Intérprete afortunado de la afirmación del docto Schlegel, cuando dijo que la literatura española ocupa entre las otras el primer estrado según el orden de la nacionalidad, nunca tuvo por bastante repetido que su savia tiene que ser castiza y linajuda, sin estrañas ingerencias ni reducciones imposibles. Ni quiso manifestar que deben acojerse con estéril servilismo, estos ó los otros asuntos, esas ó aquellas locuciones convertidas en lugares retóricos á fuerza de vestir vaciedades.

Unicamente previno que es peligroso romper el nudo robustísimo que nos sujeta al pasado, tejido de un modo especial por la tradición y el lenguaje. La tradición, efectivamente, trasmite llenas de primitiva ingenuidad, las líneas salientes de nuestra moral fisonomía, bien en los arranques caballerescos de nuestro teatro, bien en las narraciones ingenuas de la poesía popular ó en las figuras truhanes y rufianescas de la novela clásica, que tanto deleitó á nuestros abuelos: y el lenguaje, por otro estilo, convierte en modismos de ilimitada duración, las frases pintorescas que acoge con unánime generalidad, la conciencia casi siempre infalible de las multitudes tranquilas.

M. S. OLIVER.

(Concluirá.)

## ¡DEPRESSA! (\*)

Lo Comte Mal.

Ni prechs ni ofrenes hi valen,  
 lo Comte pretén en vá:  
 Brunilda li ha dit resolta  
 que seua no 'u será may:  
 per si 'l Comte no l' ha entesa  
 sa mare l' hi diu mes clar:  
 —Guardau los diners y joyes,  
 que ma filla no 's venal;  
 guardauho tot per aquelles  
 que duhen l' honra á l' encant,  
 y anause 'n en hora mala  
 ja que sou el Comte Mal!...—

Lo Comte quant l' ha sentida  
 gira l' esquena y se 'n va;

---

(\*) Aquesta poesia fou premiada ab l'englantina, en los Jochs Florals de Barcelona, haguts lo present any.

sens badar boca conversa  
 dins son cor tot caminant:  
 —Jo tornaré 'n hora mala,  
 si en hora mala me 'n vaig!...—

—¡Ay, mare, la mare mia,  
 jo sent trepitj de cavalls!...  
 —Les portes están barrades,  
 filla mia, dorm en pau!...  
 —¡Ay, mare, que les empenyen!...  
 ¿sentiu, quins croxits que fan?  
 —¡Ay, filla, que Deu nos valgue!  
 ¿si no 's el vent, qui será?  
 —Ay, mare, prou será 'l Comte;  
 jo l' he sentit flastomar!

. . . . .  
 Les portes cauhen á trossos,  
 la casa cruix d' alt á baix;  
 se 'n entra resolt y puja  
 per l' escala 'l Comte Mal:  
 Brunilda cau esmortida  
 totduna que 'l veu entrar,  
 lo Comte la pren en brassos,  
 fuig ab ella escala avall;  
 la mare li va 'l darrera,  
 d' un tros lluny li va cridant:  
 —Mal Comte, torna 'm la filla!...—  
 Lo Comte puja á cavall.  
 No bé s' asseu á la sella

la mare ja hi ha arribat:  
 á un estrep, axís qu' arriba,  
 s' arrapa ab les dues mans  
 y crida tot repenjants' hi:  
 —Lladre! Lladre! no 't mourás!—  
 · Lo Comte axeca l' espasa,  
 li venta dos cops de plá;  
 si ab lo primer no 's cayguda,  
 quant reb l' altre, si que cau.  
 —Depressa!... crida á les hores  
 lo Comte á n' els seus criats,  
 depressa! depressa!... crida,  
 y esperonant el cavall  
 parteix bronzint, mes depressa  
 que 'l dardell quant surt de l' arch.  
 —¡Depressa, cridas?... Donchs, sia!  
 diu la mare agonejant  
 al sentirlo, ves depressa  
 sense aturarte jamay,  
 depressa, com la candela  
 que crema cap per avall!...

---

Depressa va, ben depressa  
 lo poltro del Comte Mal;  
 de tan depressa no corre,  
 no corre que va volant.  
 Si troba parets ó márgens  
 los bota pitjor qu' un mart,  
 ni avenchs ni gorchs el deturan,

pe 'ls torrents li basta un salt;  
 y passa jardins y hortes,  
 travessa boschs, arenals,  
 costers y puigs y garrigues  
 y cingles y comallars...  
 sembla un remolí, quant passa  
 la plana de part á part;  
 quant passa per dins la costa  
 sembla una verga de llamp!...

Lo Comte ab la boca axuta,  
 lo pit oprés y cansat,  
 acaba l'alé y les forses  
 y ja no 'l pot governar.  
 —Quant te cansarás de correr,  
 li crida desesperat,  
 ¿hont t' en vas, com una ratxa  
 de vent d' infern? hont te 'n vas?  
 ¿hont me dus, que veig que corres  
 y corres sense parar  
 y á n' el castell d' hont exirem,  
 cavall meu, no arribas may?—

Y axís dient mira y mira  
 per dins la fosca, cercant  
 lo seu castell d' hont li sembla  
 que va sortir fa cent anys.

Á la claror esmortida  
 d' un raig de lluna que cau

damunt la plana deserta  
 y trista com un fossar,  
 enlloch del castell, lo Comte  
 lo que veu es un gegant  
 que mitj perdut dins la boyra  
 que puja y s'esten pe'l pla,  
 fuig d'ell y corre, y per correr  
 mes depressa va ventant  
 les ales que esteses semblan  
 com dues veles de nau.

Axís que l'ha vist, be massa  
 que'l coneix el Comte Mal:  
 —¡Temps... li crida, atúra't, gira't  
 y fes pó á n'el meu cavall;  
 allarga una ma y atúra'l  
 sols sia per un instant!...

¿Hauré de veure á tot hora  
 reflorir y verdetjar  
 l'arbre pompós dels desitjos  
 sens poderne cullir cap?

¿He de correr sempre, sempre  
 lo mateix que'l torrental  
 mirant les flors dalt els márgens  
 sense poderles besar?

¿Hauré de passar la vida  
 portant estreta á la ma  
 la copa del pler dolcíssim  
 sens poderlo tastar may?

De les Hores, que quant senten  
 lo trepitj del meu cavall  
 s'axecan esporuguides

y prenen el vol, y 'm van  
 devant, devant, com si fossen  
 papallons del mes de maig,  
 ¡oh, Temps, ¡oh Temps, d'exes Hores  
 no més una te 'n demán  
 per poder dur á la boca  
 la copa qu'estreny la ma!—...

Lo Temps fa 'l sort y s'allunya  
 per la plana, enrevoltat  
 de les Hores que 'l seguexen  
 á milers com un axam...

. . . . .

¡Quina tristor sent lo Comte  
 quant les mira que se 'n van  
 com les fulles que se 'n porta  
 per la tardor lo mestral!...

¡Quina tristor mes amarga  
 no bé sent l' alatetjar  
 de sos recorts perfidiosos  
 que 'l voltan com á moscartes  
 y á cau d'orella en veu baxa  
 li retrehuen lo passat!...

Per no donarlos conversa  
 voldria algú ab qui parlar;  
 pensa ab aquells que 'l seguian  
 per la via qu'ara fa;  
 per veurer si encara 'ls patges  
 el seguexen, gira 'l cap:  
 no be mira al seu darrera  
 valga 'm Deu, y quin esglay!...

Ha vist la Mort que l'encalça,

la veu que corre allargant  
 la ma dreta pera treure 'l  
 de la sella, y que per dar  
 la passa llarga s' atrossa  
 la mortalla ab l' altra ma.

Quant la veu al seu darrera  
 lo Comte ;valga 'm Deu, val!  
 de cap á peus s' esborrona  
 de tanta por que li fa;  
 de la por, sos cabells negres  
 á l' acte ja 's tornan blanchs!...

Mustia entre sos dits s' esfulla  
 la ponsella que robá;  
 ja sent fetor de cadavre  
 com si passás p' un fossar;  
 son poltro encara galopa  
 mitj encallat pe 'ls bassals,  
 ple de llim tot ell verdeja  
 com si fos un llargandaix;  
 á punta d' auba s' atura;  
 la Vellesa l' ha aturat.

—Brunilda, un bes de ta boca  
 tot jove 'm farà tornar!—

Axí que va per besarla  
 la dextera caure esglayat;  
 sols troba la calavera  
 com si hagués mort ha cent anys!...

Arriba devant la porta

del castell que 's dia clar:

—Obriu depressa á n' el Comte,  
depressa que vé cansat!—

Per la torre y la murada  
surten patges á guaytar;  
veuen un vell que tremola  
que ja no pot dur els anys:  
no bé 'l veuen tots se diuen:

—Quí deu ésser? Quí será?...

—Obriu depressa á n' el Comte,  
depressa que vé cansat.—

Del pobre boig tots se 'n riuen,  
qui mes se 'n riu, lo jotglar...

. . . . .

La Mort que li va 'l darrera  
se li posa á n' el costat;  
li diu:—Els vius no 't conexen,  
els morts 't conexerán;  
si aquí 'n el castell no t' obren  
t' obrirán á n' el fossar!—

Li posa una ma á la esquena,  
—¡Depressa! li va cridant,  
¡Depressa! y l' empeny... Y corre  
sense aturarse jamay,  
depressa, com la candela  
que crema cap per avall!

RAMON PICÓ Y CAMPAMAR.

L' autor d' aquest romanç deu advertir al Consistori que 'l *Comte Mal* no 's un personatge qu' ell haja inventat. Lo *Comte Mal* fou un

cavaller mallorquí, senyor de Galatzó, que, com *Don Juan*, guanyá fama de seductor tan arriscat com insolent.—Diu la tradició que rich y desenfeynat 's tirá á la mala vida, valentse de tots los enganys y males arts per enganyar les fadrines dels llogarets y viles del entorn; si no poria ginyarles á que anássen de bon grat á son alberch, á les hores, valgut de la por que á tothom feya, se'n anava á robarles ell mateix de la casa de sos pares y les se'n duya á Galatzó, ahont les sentian plorar amargament tota la nit mentres ell y sos companys, fent gran trencadissa d'ampolles y de plats, alegrement cantavan y bevia fins que l'auba clarejava.—Tan esporuguits y esglayats arribá á tenir lo *Comte Mal* als habitants de l'encontrada, que encara avuy, després de dues ó tres centuries, no hi ha nit que no 'l vejen passar depressa cavalcant un cavall vert que no para may de correr.—Embellit y agegantat per la tradició que l'ha convertit en un ser diabólich y fantástich, lo *Comte Mal* es á Mallorca si fa no fa lo mateix que 'l *Comte Arnau* á Catalunya.

## LA ÚLTIMA PÁGINA

---

*(En el álbum de la SRTA. D.<sup>a</sup> EVANGELINA CAYMARI)*

Cuando en lejanos climas  
que coronan las cimas  
del Andes colosal más giganteas;  
cuando se colmen en la patria cuna  
tus dichas, y una á una  
en estas hojas tus recuerdos leas;

cuando con fuerte empeño,  
como sombras de un sueño,  
pasen ante tus ojos seductores  
esta serie de nombres confundidos,  
que á tu poder rendidos  
cantaron tu belleza y tus amores;...

lee del peregrino  
que hallaste en tu camino  
la humilde trova y el osado acuerdo:  
Amo la luz del sol cuando declina,  
y quiero, Evangelina,  
que sea para mí el postrer recuerdo.

J. L. ESTELRICH.

Palma de Mallorca-Abril, 84.

---

## NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

Se ha repartido ya á todos los poetas que han colaborado en ella, *La Corona poética* dedicada á Nuestra Señora de Lluch. Contiene, además de diferentes documentos relativos al culto de aquella santa imágen y del breve pontificio que ha permitido su coronación, cuarenta y dos poesías escritas en la materna lengua y dos más, versificadas en la latina. Esta obra presenta al público una muestra variada de nuestro renacimiento, luciendo por primera vez composiciones catalanas de algunos distinguidísimos escritores que nunca habian empleado tal romance en sus escritos.

---

Escrito el párrafo anterior hemos recibido la oportuna visita de nuestro estimado compañero *La Veu del Montserrat*, que bajo el lema de *Á nostres germans mallorquins* publica lo siguiente:

«Per lo que n'hem dit exos días en vers y en prosa, saben nostres lectors que Mallorca ha tingut la satisfacció de coronar, per decret pontifici y ab lo ritu prescrit, la Patrona de l'illa daurada, Ntra. Sra. de Lluch. La gran

romería á que la festa ha donat lloch, fou cosa may vista á Mallorca; y será perenne'l recort del 10 de Agost de 1884. Lo venerable Prelat, Il-Im. Dr. D. Mateu Jaume, que precisament havia cantat sa primera missa en lo Santuari de Lluch, coroná la devota imatge en mitx de milenars de diocessans seus que en aquell instant no pogueren contenir son entussiasme, prorompent en entussiastas aclamacions. Ha sigut com un nou despertar de la devoció mallorquina á sa Patrona; dotzenas d'estandarts primorosament brodats presentaren com ofrena varis pobles y associacions, y en lo Santuari quedarán per adorno y per memoria; com recordará també la memorable diada la *Corona Poética* dels trobadors mallorquins, mestres casi tots en l'art de poesía.»

«Y es cas de notar que en eix moviment religiós s'hi ha sentit lo vigorós alé del renaixement de la materna llengua; y ab singular pler de la nostra ánima hem observat que 'ls millors cántichs á Maria, las fullas de propaganda, las llegendas dels penons y fins las inscripcions de la corona oferta á la Verge, tot s'ha fet en lo patri idioma.»

«Molt significa açó, molt val aqueix doble moviment de restauració; y per ell enviam á nostres germans de la major de las Balears un coral aplauso.»

Pobres serían nuestras frases para agradecer en nombre de Mallorca las fraternales palabras de *La Veu del Montserrat*. Contentémonos, pues, con haberlas transcrito para que puedan hacerlo de por sí, todos los que guardan en su corazón vivo el amor á la patria y quieren que ésta contribuya al enaltecimiento de la madre España.

Damos las gracias más expresivas á nuestro querido amigo y compañero de colaboración D. José Tarongí, Pbro. por el ejemplar de su obra *El Trovador mallorquí* que ha tenido la amabilidad de remitirnos. No es esta sección lugar oportuno para hablar detenidamente de tan variada colección de poesías.

---

Conforme sabrán algunos de nuestros lectores, ha llegado á estas islas procedente del extranjero el distinguido filólogo Mr. La Guardia, natural de la vecina isla de Menorca y profesor de la Universidad de Paris. Disfruta una pensión del gobierno francés para estudiar los distintos dialectos de la lengua catalana, en cuya empresa le deseamos el mismo renombre que le alcanzó su notable gramática latina.

---

Impresa con sumo esmero y distinción, acaba de remitirnos, su hermosa oda *Estío* nuestro muy estimado compañero D. Juan Luis Estelrich, á quien agradecemos tan acertado obsequio.